

LA RUTA HACIA LA GUERRA

NOBUTAKA IKE (trad. y ed.), *Japan's Decision for War: Records of the 1941 Policy Conferences*. Stanford, 1967. 306 pp.

JOHANNA MENZEL MENZEKIL, *Hitler and Japan: The Hollow Alliance*. Atherton, Nueva York, 1966. 245 pp.

Mientras el mundo se dirige rápidamente hacia otro holocausto que promete ser el más fatal de todos y posiblemente el último, estos excelentes estudios que corresponden a un período de hace más o menos tres décadas nos muestran los síntomas de manera poco tranquilizadora.

Las lecciones que sobre la insensatez humana pueden extraerse de *Japan's Decision for War* y de *Hitler and Japan*, no provocarán el menor efecto sobre nuestras acciones o sobre las de nuestros conductores prepotentes, porque una vez que surge el impulso bélico, barre con cualesquiera dudas o vacilaciones sensatas y lleva a sus víctimas a tomar vías de acción que ningún ser racional soñaría con seguir en su vida privada.

Japan's Decision for War es una colección, traducida y editada hábilmente por el profesor Nobutaka Ike, de los anales de las fatídicas Liaison and Imperial Conferences que llevaron al Japón a atacar Pearl Harbour. El propósito fundamental al traducir los documentos era analizarlos por vías del General Inquirer. Éste no es, como pudiera imaginarse, un burócrata kafkiano todopoderoso, sino "un método automático de análisis del contenido usado por el Centro de Estudios sobre Conflictos Internacionales e Integración, en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Stanford" (p. vii). No sabemos aún qué ha hecho el General Inquirer con esta especial colección de documentos, pero no hay duda del atractivo que ofrecen para cualquiera que se interese acerca de cómo y por qué los dirigentes de un país deciden emprender el camino de la guerra.

Los documentos confirman que las prolijas negociaciones entre Japón y los Estados Unidos estaban destinadas al fracaso desde un principio. Ningún lado comprendía la psicología del otro, aunque en ocasiones trataron de hacerlo; así, el Sr. Matsuoka, Ministro del Exterior, dijo en la 39ª Liaison Conference, el 12 de junio de 1941: "Creo que no cambiará la actitud americana, no importa cuál sea la postura que tome el Japón. Está en la naturaleza de los americanos aprovecharse del que da muestras de debilidad. Creo, por lo tanto, que en esta ocasión es mejor tomar una posición firme" (p. 100). Ni uno ni otro se mostraba deseoso de

ofrecer una promesa o concesión importante, aunque ambos creían haberlo hecho; lo expresa así el Sr. Hara, presidente del Consejo Privado, en la última Conferencia Imperial, una semana antes del ataque a Pearl Harbour: "En las negociaciones con los Estados Unidos, al hacer una concesión tras otra, esperaba nuestro Imperio mantener la paz. Pero comprobamos sorprendidos que desde el principio al fin, la postura americana se redujo a decir lo que Chiang Kai-shek quería que dijera, y a poner énfasis en aquellos ideales que había postulado en el pasado. El comportamiento de los Estados Unidos es absolutamente orgulloso, obstinado e irrespetuoso. Es verdaderamente lamentable. Sencillamente, no podemos tolerar tal actitud" (pp. 281-2).

Los líderes japoneses, tanto civiles como militares, estaban absolutamente conscientes de los grandes peligros que enfrentaban. La estrategia del país y la debilidad económica se estudiaron y consideraron cuidadosamente, y nadie, en ningún momento, sugirió que realmente el Japón podía ganar la guerra contra los Estados Unidos, a pesar de los éxitos que pudiera conseguir en los primeros momentos. Sin embargo, lo anterior no impidió que estos hombres, sin duda inteligentes, tomaran cuidadosa y deliberadamente la única decisión que debieran haber evitado. Como escribió el profesor Maruyama, "A pesar de que querían la guerra, trataron de evitarla; a pesar de que deseaban evitarla, eligieron deliberadamente el camino que los condujo a ella".¹ Incluso entre los líderes más belicosos se expresaron, hasta el último minuto, sinceros deseos de paz. El 5 de noviembre de 1941, el Primer Ministro, general Tōjō, dijo a uno de sus subordinados: "La propuesta B [a Washington] no es un pretexto para la guerra. Ruego a los dioses que con esta propuesta consigamos, de alguna manera, un acuerdo con los Estados Unidos" (p. 208). Y cuando, como podía preverse, fracasó la propuesta B, la decisión de atacar Pearl Harbour fue descrita, por supuesto, como parte de una "última medida para la supervivencia y la defensa propia". Un observador de Marte bien podría haber sacudido la cabeza con perplejidad; para el lector ligado a intereses terrenales el espectáculo era demasiado familiar para que le provocara sorpresa.

Las diferencias no se producían sólo entre los enemigos. Las relaciones entre el Japón y sus aliados eran casi igualmente inestables. Cuando en abril de 1941 regresó de Europa el Ministro del Exterior Sr. Matsuoka, mientras hablaba en la 20ª Liaison Conference, aludió en estos términos mordaces a uno de los miembros

¹ Masao Maruyama, *Thought and Behaviour in Modern Japanese Politics*. Trad. y ed. Ivan Morris. Oxford, 1963, p. 89.

del Eje: "Gran Bretaña se está empeñando en poner a Italia de su lado, pero Italia no se moverá. Aunque no se puede confiar mucho en los italianos, Mussolini es buena persona y está en buenos términos con Hitler. Ciano [Ministro del Exterior italiano] dice que Mussolini es esa clase de persona que hace lo que dice que hará; por lo tanto, se puede confiar en Italia" (p. 23).

El tema principal de un fascinante estudio de la profesora Johanna Menzel, titulado *The Hollow Alliance* (La alianza vacía) se basa en la falta de confianza y comprensión entre Japón y Alemania que, de acuerdo con los testimonios del profesor Ike, se producían constantemente. La alianza, dice, no era tanto un matrimonio de conveniencia cuanto "un compromiso largo e inestable que se mantuvo más de lo que duró la esperanza de una posible unión, no porque las partes hubieran llegado a acostumbrarse cómodamente una a la otra, sino porque el hecho de romper el compromiso hubiera reducido el prestigio de ambos frente a sus vecinos" (p. 3).

Ninguno de éstos que se denominaban aliados consideró adecuado informar, no digamos ya consultar, al otro por adelantado acerca de cualquier movimiento importante, como en los casos de sus respectivos pactos con el gobierno soviético, la invasión a Rusia, o el ataque a Pearl Harbour, aun considerando cuán importante debía de ser, necesariamente, tal conocimiento para que se planeara una estrategia adecuada. Las noticias sobre el pacto germano-ruso provocaron tanta impresión en Tokio como en Londres; y el pacto de neutralidad entre Japón y Rusia, que se produjo a menos de dos meses del ataque alemán, enfureció a los germanos.

Desde el principio, la actitud de estos fríos aliados estaba señalada por una evasividad y suspicacia mutuas. En el invierno de 1939, cuando China pidió a Alemania que mediara en el conflicto chino-japonés, el Ministro del Exterior se rehusó diciendo que "existe la posibilidad de que en el curso de una larga guerra entre Francia, Gran Bretaña y Alemania, Japón pueda unirse al bando contrario. Desde este punto de vista, sería de nuestro interés que Japón continuara manteniendo sus fuerzas en China" (pp. 11-12). Después de las primeras victorias japonesas, tanto Alemania como Italia comenzaron a alarmarse por la extensión que habían alcanzado sus aliados hacia el oeste y al embajador alemán le pareció adecuado prevenir que "también Alemania estaba interesada en los asuntos de la India" (p. 114). Por su parte, Japón, sospechando que Alemania tenía interés en los dominios de los Países Bajos en las Indias Orientales y en otras escondidas colonias europeas de Asia, ocultó cuidadosamente sus propósitos acerca de la extensión territorial que quería alcanzar; el resultado fue que mien-

tras Hitler sobrestimaba la fuerza del Japón, subestimaba siempre sus ambiciones. Dos meses antes de que concluyera el pacto tripartito, Herr von Ribbentrop, Ministro del Exterior alemán, dijo al Sr. Kurusu, embajador japonés en Berlín, que “aunque él sabía lo que Alemania quería hacer, lamentaba no poseer un conocimiento claro sobre las intenciones japonesas, y estaba ansioso de saber concretamente lo que el Japón esperaba en realidad”.²

No obstante el aparato de una gran alianza, no existía una coordinación de planes adecuada, ni intercambio satisfactorio de recursos estratégicos, y sobre todo, simpatía entre las partes. Desde 1938 hasta el final de la guerra, los japoneses trataron de obtener de Alemania los derechos de hidrogenación para fabricar petróleo sintético, de vital importancia para su maquinaria de guerra.

No obstante, se veían constantemente frustrados por tecnicismos legales y el regateo de los precios. Ni siquiera la intervención personal de Hitler, a principios de 1944, pudo salvar las dificultades que surgieron a causa de los temores de la I. G. Farben y de otros alemanes dueños de patentes en el sentido de que la información que se diera a las compañías japonesas para que les sirvieran durante la guerra pudieran ser usadas luego para invadir los mercados alemanes. Los alemanes insistieron en incluir cláusulas que los protegieran en sus contratos de licencia con el Japón. Señala la profesora Menzel que esto “condujo a considerables desavenencias entre los alemanes dueños de patentes y los servicios japoneses que eran los receptores formales de las licencias. Las cláusulas que los alemanes consideraban como una protección de su propiedad intelectual, fue recibida por los japoneses como un insulto a su honor” (p. 161).

Si los dos miembros del Eje, enfrentados con el desastre inminente, no pudieron siquiera llegar a un acuerdo sobre la fraseología de los contratos de licencias, poco puede dudarse de que fracasaron en problemas más importantes y que su relación estaba marcada por constantes frustraciones.

En 1944, la alianza entre Alemania y Japón concluyó “con un lloriqueo de mutuas recriminaciones”: En la primavera, también Alemania, al igual que Italia, rompió el pacto de “paz no separada” al rendirse el 8 de mayo, sin previa consulta con su aliado. “Y las primeras tentativas de Himmler y otros generales de rendirse a las fuerzas occidentales solamente, mientras continuaban la lucha contra Rusia, fueron consideradas como perfidia por los japoneses. El Ministro del Exterior japonés denunció una violación de

² Maruyama, *op. cit.*, p. 87.

tratado; la prensa notó la falta de Bushido en Alemania y se permitió comparaciones con el régimen de Badoglio. En lo que debe de haber sido una de sus últimas instrucciones diplomáticas, el gobierno alemán explicó con dificultades técnicas el no haber podido consultar a su aliado japonés, negó cualquier violación de pacto y dejó al Japón la responsabilidad de renunciar a los tratados y de romper relaciones" (p. 183).

Alemania y Japón estuvieron hasta el final tan separadas en sus proyectos como lo estaban ya desde un punto de vista geográfico y cultural. Como señala la profesora Menzel, "es dudoso que aun una cooperación estrecha les hubiera permitido derrotar a las fuerzas occidentales y *además* a la Unión Soviética. No obstante, si hubieran aprovechado seriamente todas las posibilidades de su alianza y hubieran decidido adoptar desde 1940 una iniciativa estratégica de conjunto contra un solo adversario importante (Rusia, o Gran Bretaña, o los Estados Unidos) hubieran obtenido, si no la victoria, por lo menos una negociación de paz favorable. Pero las acciones separadas y faltas de coordinación de Alemania y Japón produjeron aquella 'extraña alianza' entre Rusia y Estados Unidos, para quien el Eje no era opositor" p. 187).

Como el General Inquirer podría haber predicho, sin duda, la alianza germano-japonesa, cuya capacidad fue siempre erróneamente sobrestimada aun por los poderes del Eje y por sus adversarios, resultó ser no sólo inútil sino ruinoso para sus participantes.

IVAN MORRIS

THOM KERSTIENS, *The New Elite in Asia and Africa. A Comparative Study of Indonesia and Ghana*. F. A. Praeger, Nueva York, c. 1966. 282 pp.

La finalidad de la serie de estudios especiales de que forma parte esta obra es presentar monografías acerca de la economía y política internacionales. El libro de Kerstiens tiene interés porque pretende aportar luces sobre uno de los problemas clave del tercer mundo: la *élite* del poder en Indonesia y Ghana, o sea dos de los Estados más representativos de ese tercer mundo. El campo de estudio no podía ser más feliz, ya que en él se encuentran las características más sobresalientes de la nueva problemática del desarrollo: son países de reciente independencia, por tanto con problemas políticos y económicos de dependencia, con gran movilización de masas, y con líderes-héroes creadores del no-alineamiento que pretenden aportar soluciones originales a los problemas del sub-